

HISPANIA



Número suelto, DOS REALES



SUMARIO

Portada (en colores).—El pretendiente de Washington, por Bret Harte; ilustraciones de Navarro.—Soñadoras, por Alberto Moore.—Excelencias mal conocidas de la mujer propia, por Quevedo; ilustrada por J. Guardiola.—El Donao, por Desiderio Marcos; ilustraciones de Riera.—Escena del Quijote, por D. U. Vierge.—De Iuengas tierras, por Manuel Lassala.—Retratos de Bret Harte y de Israel Zangwill.—En la posada, por F. Domingo.—Los Nibelungos. (Continuación).—Paisaje, por N. Raurich.—Por esos teatros, por Un espectador.—Puente Nomentano, fotografía artística remitida por D. Luis Roig de Lluis.—Sección de Ajedrez.



EN LA LUCHA CONTRA EL CAPITAL, ME DECLARO VENCIDO

El Pretendiente de Washington

Ha leído usted alguna vez *El Centinela de Remus*? me preguntó.

Y no tan sólo no había leído nunca semejante periódico, sino que ignoraba hasta la situación geográfica del pueblo.

— ¡Es extraño que no reciban *El Centinela* en la fonda!, continuó. Será preciso, pues, que yo le diga algo al Director... No porque la cosa tenga gran importancia, sino porque, hablando en confianza, también yo he pertenecido algún tiempo á la honrosa profesión de usted y he escrito varios artículos en aquel diario. Algunos amigos, quizás por exceso de indulgencia, decían que mi estilo tenía cierta relación con el de Junius. No hay por qué decir que sólo á beneficio de inventario aceptaba yo una opinión que tanto me halagaba. Pero, en fin, la verdad es que durante la última campaña electoral, mis artículos produjeron su efecto... Mucho me alegraría de poderle leer á usted alguno... y hasta creo que los traigo en el bolsillo...

Y diciendo y haciendo se metió la mano en el bolsillo interior de la levita, con una agilidad que denotaba larga práctica; pero, después de hojear sobre las rodillas un paquete de papeles grises que tenían el aspecto de unos certificados ya escritos desde tiempo inmemorial, acabó por exclamar:

— ¡Me los habré dejado en la maleta!

Respiré. La escena tenía lugar en Washington, en el salón de una celebrada fonda. Hacía como cinco minutos que aquel sujeto, desconocido para mí, había acercado á la mía su butaca para entablar conversación. Tenía ese aspecto receloso, tímido e impotente que gravita sobre los provincianos cuando se encuentran por vez primera en su vida fuera de su círculo de acción y ven perdida su personalidad en un mundo más vasto, más frío y más indiferente de lo que ellos podían imaginar.

Digámoslo de paso: esa familiaridad e indiscreción que generalmente se les achaca á los campesinos y á los provincianos, sobre todo en los trenes y en las ciudades, suele ser originada por un sentimiento abrumador de su aislamiento y por un exceso de nostalgia. Me acuerdo de que un día, en el coche de los fumadores de la línea Kau-sas, me encontré con uno de esos desterrados y á fuerza de acrillarle de preguntas tontas, acabó aquel desgraciado por descubrir que yo trataba apenas á un hombre que hacía muchos años había vivido en Illinori, que era su ciudad natal. No tuve más remedio que hablar de aquel hombre hasta el término de mi viaje, á pesar de que me

convencí de que mi compañero no le conocía más que yo. Pero aquello le unía indirectamente á su amada patria y no necesitaba más.

Pensando en todo esto me puse á examinar á mi hombre. Era bajito, de compleción débil, de treinta años ó poco más, cabellos rubios y pestanas tan blancas que apenas se le veían. Vestía traje negro de corte algo anticuado. No sé por qué se me metió en la cabeza que era su traje de boda, y acabé por averiguar que no me había equivocado. Sus modales tenían ese movimiento dogmático que da el oficio de maestro de escuela y la necesidad de luchar cuerpo á cuerpo con inteligencias tardías. También en esto acerté, según vino á desprenderse de su historia, que tuvo buen cuidado de contarme.

Nacido en un estado del Oeste, había recibido una buena educación primaria, acabando por que le nombrasen maestro de escuela de Remus y encargado del catastro. Por fin se casó con una de sus discípulas, hija de un pastor que tenía algún dinero. Bien pronto se dió á conocer por su facilidad de palabra y acabó por ser uno de los miembros más distinguidos de la *Sociedad de los debates* de Remus. Entre otras cuestiones que por entonces agitaban á aquella linda población, era una la de saber «si la vida agrícola es compatible con la fe en la inmortalidad del alma» y «si el vals de tres tiempos es un baile rechazado por la moral», temas ambos que le facilitaron la ocasión de distinguirse entre sus contemporáneos.

— ¿No ha leído usted en el *Memorial cristiano* del 7 de Mayo de 1876, un extracto de lo que decía *El Centinela de Remus*?... ¿No?... Pues ya procuraré yo darle á usted un ejemplar... En la última campaña electoral tomé una parte muy activa, y aun cuando no me esté bien el decirlo, es lo cierto que todos convienen en que Gashwiller me debe su triunfo.

— ¿Gashwiller???

— Sí, el general Pratt Gashwiller, diputado por nuestro distrito.

— ¡Ah!

— Un hombre de mucho talento, que no tardará en abrirse camino en el parlamento.

En una palabra, mi hombre había venido á Washington con Gashwiller, y ni él, ni mucho menos Gashwiller, sabían por qué no había de lograr la recompensa... (aquí una sonrisa de excusa) la recompensa á que le hacían acreedor sus servicios...

— ¿Ha fijado usted su atención en algún cargo determinado?

— No, pero confío en Gashwiller, porque me tiene dicho: «Déjeme usted hacer, Daré un vistazo á las diversas dependencias del Estado y ya veremos cual es la que más conviene á sus aptitudes...»

— ¿Y qué?...

— Pues busca, examina... Ahora le estoy esperando. Precisamente ha ido al Ministerio con el objeto de ver si encuentra algo bueno para mí... ¡Ah!... Ya está aquí...

Vino hacia nosotros un hombre alto y desmesuradamente grueso. Era voluminoso, difícil en los movimientos, lustroso y pesado. Vefase que afectaba la sencillez del *honrado campesino*, pero de un modo tan grosero, que el más cándido labriego no se hubiese dejado engañar. Tenía algo del hombre de negocios poco correctos que un juez listo no tolera tres minutos en la barra, y del soldado dudoso predestinado á sufrir consejo de guerra.

Hízose la presentación en toda regla, y por ella supe que el pretendiente se llamaba Expectante Dobbs. Volviéndose hacia mí, dijo Gashwiller:

— Nuestro joven amigo espera el día, á mi juicio poco lejano, en que el Estado necesite de sus servicios...

É hinchando la voz como quien habla en público, añadió:

— ¿Y qué es la juventud, al cabo y al fin, sino la edad de la esperanza y de la preparación?... ¡ah!...

Y alargó la mano con un movimiento familiar y paternal, tan poco sincero como todo el resto de su persona, dando pie para que yo no supiese á quién despreciar más, si al diputado ó á su víctima, que tomaba todo aquello como dinero contante y sonante. El pobre diablo preguntó:

— ¿Qué? ¿Aun no hay nada?

— No. Nada *definitivo*; pero desde ahora puedo asegurar que hemos tomado excelentes posiciones para seguir adelante. ¡Ah!... Sólo que hay que saber esperar, joven. Ya conoce usted la frase del filósofo: «*Hay que apresurarse poco á poco...*» ¡Ah! No hay nada mejor para llegar.

Tomando un aire confidencial, añadió:

— ¡Los jóvenes son tan impacientes! Precisamente acabo de encontrar á mi antiguo amigo y compañero de la infancia Jim Mac Clacher, director de Instrucción pública y (*bajando misteriosamente la voz*) hemos convenido en que mañana nos volveremos á ver...

— ¡Señores, al coche!, gritó en aquel instante el mayoral del ómnibus del ferrocarril.

Vime obligado á dejar la compañía del inteligente legislador y de su protegido. En el momento de emprender la marcha vi al poderoso Gashwiller ocupado en calmar las impaciencias de Dobbs.

Mi ausencia duró una semana. Al regresar volví á encontrar á estos dos caballeros conversando en el portal: pero me pareció advertir algo así como si el ilustre Gashwiller tuviese ganas de librarse de su amigo.

— No tengo más remedio que ir ahora á mis asuntos... ¡Mañana nos veremos!, le of decir más que de prisa.

Por vez primera vi alguna expresión en el rostro lleno de pecas del pobre Dobbs: la expresión del desengaño.

— ¿Cómo van los asuntos de usted?, le pregunté.

Su orgullo aun no estaba abatido. Los asuntos no iban del todo mal, pero el Parlamento tenía tanta confianza en las grandes cualidades administrativas de Gashwiller, que el pobre general se veía agobiado de trabajo y no podía salir de las oficinas.

Observé que la levita del pobre pretendiente no estaba tan flamante como antes, y me confesó que había dejado la fonda para irse á vivir á una casa más barata en una callejuela próxima. ¡Previsora economía!



Pocos días después tuve que ventilar un negocio en un ministerio. No sé por qué estos establecimientos oficiales, con sus puertas cuidadosamente numeradas, me recuerdan esos grandes almacenes donde se ven artículos de todas clases. Aquí podéis adquirir pensiones, privilegios de invención y certificados; allí terrenos, simientes y hasta indias para explotarlas, ¿qué se yo? Por todos lados se oyen timbres y se ven ordenanzas corriendo. ¡Nada, que parece una casa de comercio!

Tenía que hablar personalmente con el director de aquel gran Bazar Nacional, y me apresuré á entrar seguidamente en su despacho, dejando en la antesala la multitud hambrienta y triste de los pretendientes, y dejando también detrás de mí una buena provisión de celos y de

reflexiones poco caritativas. Al pasar el lindar del santuario, oy una voz monótona que vaciaba su negocio con marcado acento del Oeste. Allí estaba Gashwiller.

—...Crea usted, señor secretario de Estado, que este nombramiento será muy bien recibido en el distrito. La familia es rica e influyente y para las elecciones de Noviembre puede asegurarnos el apoyo de todos los medidores y jueces de la comarca. Bien vale la pena de hacer algo. Respecto á los delegados del comité central, todos, desde el primero hasta el último...

Al llegar aquí Gashwiller adivinó en la mirada distraída de su interlocutor que acababa de entrar un tercero y acabó la frase inclinándose al oído del funcionario con notable familiaridad. ¿Qué no será capaz de hacer un hombre de Estado para conservar en el puño la mayoría?

—¿Tiene usted papeles relativos al asunto?, preguntó.

—¿Papeles? Los bolsillos llenos... Apresuróse á vaciarlos. El funcionario los echó sobre las otras recomendaciones que tenía en la mesa, donde perdieron acto continuo su personalidad para confundirse con aquellas. En aquel momento servían de dato para todo, menos para lo que habían sido llevados allí. ¡Valiente ensalada de intereses! En un rincón estaba una instancia firmada por todo el vecindario de Massachussets con el ayuntamiento á la cabeza, pidiendo inmediatamente que se roturasen unos terrenos incultos del Iowa; pero había caído de tal manera que parecía como que llevase en un extremo la recomendación de cierta dama muy conocida, que reclamaba sencillamente una pensión por heridas recibidas en el campo de batalla.

—Si no me equivoco, dijo el funcionario, me va por la idea que he recibido una carta de no se quién del distrito de usted, en la que pide que se le dé cierto destino, invocando para ello la recomendación de usted. ¿Debo hacer algún caso?

—¿Y quién es el que se permite especular con mi nombre?, preguntó con acritud el señor Gashwiller.

—Aquí debo tener la carta, contestó el funcionario mirando vagamente sobre la mesa.

Revolvió algunos papeles, y después, cansado de aquella tentativa, reclinóse en el sillón y echó una mirada vaga á la ventana, como si temiese que la carta hubiese volado por allí.

—¡Ah!... ya me acuerdo... Firmaba un tal Globbs, ó Gobbs, ó Dobbs, de Remus... añadió después de prodigioso esfuerzo de memoria.

—¡No haga usted caso! Es un tonto que me está martirizando desde hace un mes.

—De manera, que como si no la hubiese recibido.

—Justamente. Al menos por lo que á mí se refiere. Además, que si se hiciese tal nombramiento, caería como una bomba y quizás nos produjese una violenta oposición en el distrito...

El director dió un suspiro de satisfacción, y el notable Gashwiller se despidió.

En el momento en que aquel distinguido tunante pasó por delante de mí, le miré cara á cara, pero él no me conoció.

La cuestión consistía en saber si yo debía rebelarle á

Dobbs aquella traición; pero el pobre muchacho estaba tan contento cuando le ví, que me faltó el valor. Su mujer le había escrito diciéndole que acababa de saber que un primo segundo estaba de oficial en la oficina de correos y le había escrito. Dobbs fué á verle, consiguiendo algunas promesas.

—Su cargo le pone frecuentemente en relación con el secretario de Estado, me dijo con los ojos encendidos. Muchas veces trabaja en una oficina inmediata al despacho del Ministro... ¡Ah! ¡Es un hombre influyente!... ¡muy influyente!...

No sé el tiempo que se prolongó aquella situación; pero se prolongó mucho, quizás el necesario para que la levita del pobre Dobbs se pelase, para que él renunciase al uso de los puños en la camisa, se olvidase de afeitarse y de dar lustre á las botas, y enseñase dos ojos hundidos al lado de dos pómulos inflamados.

Véasele en todos los ministerios escribiendo memorias ó haciendo antesalas pacientemente de la mañana á la noche. Algo se había amortiguado su dogmatismo, pero nada su orgullo.

—Con tanto esperar aquí, decía, me voy iniciando en los detalles de la vida oficial.

Un día recibí una tarjeta suya invitándome á comer á una de las mejores fondas. Aun no me había repuesto de la sorpresa cuando vino á buscarme Dobbs en persona. Al principio me costó algún trabajo el reconocerle con su traje nuevo de corte elegante, que difícilmente disimulaba los ángulos de su perfil provinciano. Tal vez por lo mismo había adoptado cierto abandono en sus maneras, por creerse así más elegante. Con su ordinaria franqueza, se apresuró á explicarme aquella metamorfosis.

—¡Ya he descubierto la manera de conseguir mi objeto!, me dijo. Esos señores empleados me conocían sólo como pretendiente, y por eso me trataban por debajo de la pata. He pensado, pues, que lo mejor era presentarme delante de ellos con otro aspecto, darles una comida y tratar las cosas de igual á igual... Aquí donde me ve usted, añadió recobrando su voz de maestro de escuela, anoché se sentaron á mi mesa dos ministros, dos magistrados y un general...

—¿Y aceptaron el convite?

—¡Oh, no!... no me hubiese atrevido... Sólo pagué el extraordinario de la comida... Tomás Suffit fué quién dió el convite y les invitó. Conoce á todo el mundo. No faltó un amigo que me abrió los ojos, diciéndome que Suffit ha obtenido por este procedimiento no sé cuantos nombramientos y pensiones... ¿Comprende usted? Cuando toda esa gente gorda se alegra con el *champagne*, les dice así, indirectamente: «¡Ahora que me acuerdo, yo conozco á un fulano de tal, guapo chico, que desea este empleo. ¡Cuánto me alegraría de que lo obtuviese!» Y antes de que se echen á pensar, les arranca la promesa. Me parece que no está mal pensado eso de obtener un buen empleo á cambio de una buena comida.

—¿Pero de donde saca usted el dinero?

—¡Oh!... (añadió algo dudoso), escribí á la familia y el padre de Fanny ha encontrado la manera de que le prestasen quinientos duros... Me los ha enviado y los

cobraremos con cargo al capítulo de gastos secretos...

Sonrióse algo tontamente y añadió:

— El pobre viejo ni bebe ni fuma... ¡Figuraos si abrirá los ojos para saber adónde va su dinero!... Pero tan pronto como me empleen se los devolveré... ¡Tan cierto como tres y dos hacen cinco!...

Este aspecto desahogado le sentaba casi tan mal como el traje, y aquel tono familiar me disgustaba casi más que sus antiguas timideces.

— ¿Pero qué ha sacado usted de sus gastos?, le pregunté.

— Hasta ahora nada; pero el Ministro de Estado y uno de los Directores generales, han hablado conmigo, y hasta me dijo el Ministro, que no le era desconocido mi nombre. ¡Ya lo creí! (añadió forzando algo la sonrisa), ¡como que le he escrito lo menos quince ó diez y seis veces!

Pasaron tres meses. Iba yo á uno de los estados del Oeste donde me aguardaban para una lectura, cuando á diez millas del punto de destino vimos b'oqueada la vía férrea por una tempestad de nieve. ¿Qué hacer cuando sabía que los que me esperaban estarían pataleando? ¡No había más remedio que ir en trineo!

Lo intenté. Por desgracia el camino era largo y los obstáculos muchos. Aun no habíamos andado cuatro millas, cuando el cochero declaró que los caballos estaban rendidos y no podían más. Promesas y amenazas fueron inútiles, viéndome obligado á aceptar los hechos consumados.

— ¿En dónde estamos?, pregunté.

— En Remus, contestaron.

¡Remus, Remus! ¿Dónde diablos, había oido yo aquel nombre? Acabábamos de detenernos frente á una taberna de pobre apariencia; eran las nueve, y tenía delante la perspectiva de una triste noche de invierno. Quise que me facilitaran otro tiro, y en vista de que era inútil, me resigné á la suerte, encendí un cigarro y me senté frente á la roja estufa.

Muchos hombres se paseaban por el salón de la posada. Uno de ellos vino cordialmente á manifestarme su sentimiento por lo que me sucedía.

— Lo mejor que puede usted hacer es pasar la noche en Remus, me dijo. Esta posada no es muy buena que digamos, pero aquí cerca vive un buen anciano, antiguo predicador, que por espacio de más de veinte años ha recibido y alojado gratis en su casa á los viajeros de la clase de usted. El pobre hombre fué rico y ya no lo es; ha vendido su magnífica casa de los tres caminos y vive con su hija en una casita de campo. Lo que usted debe hacer es ir á verle. Se alegrará mucho y estoy seguro de darle un disgusto si dejo que usted salga de Remus sin decírselo... ¿Quiere usted que le acompañe?

Me dejé convencer y fuí en compañía de mi hombre hasta la próxima casa de campo. Seguía nevando. En cuanto sonó la aldaba abrióse la puerta y un anciano de setenta años, de fisonomía dulce y cabellos blancos,

salió á nuestro encuentro. El guía me presentó diciendo:

— Anciano, aquí tenemos un orador, que ha sido detenido por el nevado y que presento á usted.

Con estas solas palabras, que no me dejaban hablar á mí, fuí acogido con la mayor simpatía. Bien pronto acabaron con mi cortedad la franqueza y buena educación de mi huésped. Dejé que me introdujese en una sala modesta y que me presentasen á una joven que se levantó al verme entrar.

Era bastante bonita, pero estaba ajada antes de tiempo.

— Tanto mi hija Fanny, como yo, dijo el anciano, vivimos aquí en completo aislamiento, y si usted supiese cuánto nos alegramos de que venga á vernos alguno de los que huyen del mundo civilizado, no se tomaría usted el trabajo de pedirnos que le dispensásemos.

Mientras hablaba, traté de recordar cuándo y en qué circunstancias había yo visto aquella aldea, aquella casa, y aquel honrado anciano y su hija. ¿Habría sido en sueños? ¿Serían reminiscencias de una existencia anterior, de esas á que se halla sujeta el alma humana? Miré con detención á aquellas pobres gentes y en las arrugas prematuras que se dibujaban alrededor de los labios de la joven, en los pliegues de la frente del anciano, en el tic-tac del viejo reloj, hasta en la manera como se ahogaban los ruidos exteriores en la nieve que caía lentamente, me parecía oír: «Paciencia, paciencia; tranquilidad y esperanza.»

El buen anciano cargó una pipa y me invitó á llenar la mía. Despues añadió:



—Soy poco aficionado á beber, pero ordinariamente tengo algún licor confortable para obsequiar á mis huéspedes. Por desgracia hoy no hay nada en la casa.

En vista de lo cual me permití ofrecer mi caramañaña de viaje, que fué aceptada, no sin escrúpulos.

Gracias á su benéfica influencia, pareció que el buen viejo se había quitado diez años de encima, á juzgar por lo teso que se puso y las ganas que le entraron de hablar.

—¿Y cómo marchan los asuntos en la capital?, me preguntó.

De todas las cosas del mundo quizá sea esta la que menos me importa; pero el buen viejo tenía seguramente ganas de hablar de política. Tomé la determinación de decir vagamente y sin miedo á equivocarme, que no se hacía cosa de provecho.

—¡Comprendo, comprendo!, dijo mi huésped. En el asunto de los pagos en especie y en el de los derechos mutuos de la Unión y de los estados, sería usted partidario de que se siguiese una política más conservadora, por lo menos hasta que dé su veredicto el cuerpo electoral.

Volvíme hacia la señora como implorando su auxilio, mientras decía con dificultad que había interpretado muy bien mi pensamiento. El buen hombre, al ver la dirección de mi mirada, añadió:

—Tengo á mi yerno empleado en Washington, pero está tan ocupado que no puede darnos muchos detalles cuando nos escribe... ¿decía usted algo?

Acababa de soltar inconscientemente una exclamación. ¡Se había roto la venda y todo quedaba explicado!... Estaba en Remus, en casa de Expectante Dobbs, y en presencia de su mujer y de su suegro. Aquella elegante comida de Washington se había pagado con la sangre más pura de esta pobre criatura... Sobre los hombros de aquel infeliz anciano, de aquel hombre tembloroso, venía á descansar todo el peso...

—¿Qué empleo tiene?

—No lo sé positivamente. Creo que es algo así como de vigilancia. El Sr. Gashwiller me dijo que era una posición de la *clase de primeros*, si, de la *clase de primeros*.

No creí prudente decirles á aquellas buenas gentes que en la fraseología oficinesca de Washington hay la costumbre de contar de atrás á adelante.

—¿Se lo ha proporcionado Gashwiller?, pregunté.

La mujer me interrumpió dando un brinco.

—¡Por Dios, no pronuncie usted ese nombre!, dijo con tristeza. Hasta ahora sólo le ha proporcionado á Expectante disgustos y sinsabores... ¡Ah, qué hombre!... ¡Le odio y le desprecio!...

—Vamos, Fanny, hija mía, dijo el anciano con dulzura, sé más resignada y más justa. Gashwiller es hombre de gran talento; pero tiene muchas ocupaciones y le falta el tiempo para los asuntos importantes.

—No le faltaba el tiempo cuando necesitaba á Expectante, replicó la paloma herida, con toda la mala intención de que era capaz.

No era malo, sin embargo, que Dobbs hubiese alcanzado un empleo por modesto que fuese, y sea cual fuere el camino por donde había venido. Al acostarme aquella noche en la alcoba nupcial, experimenté gran satisfacción

pensando que el pobre diablo había dado por fin el paso más difícil. Las paredes se hallaban atestadas de recuerdos de los días felices que habían precedido al matrimonio: un retrato de cuando Dobbs tenía veinticinco años; un vaso con un ramillete que Dobbs había regalado á Fanny el día de su triunfo académico; un voto de gracias firmado por toda la Sociedad de los Debates; un título de Presidente de la Sociedad Filomántica; un nombramiento de capitán de la milicia nacional de Remus y un diploma de francmasón, en el que se designaba á Dobbs con los títulos más pomposos y sonoros que puedan concederse al rey más poderoso de la tierra.

Aquellas pobres glorias de una vida mezquina y de un cerebro pequeño, tenían su parte ridícula; pero eran conservadas y consagradas, digámoslo así, por la sacerdotisa fiel que se sacrificaba ante el altar doméstico, y que no obstante su duelo, su duda ó su desesperación, mantenía siempre el aceite de la lámpara.

Entretanto la tempestad rugía fuera y sacudía la ventana con sus puños llenos de nieve. De vez en cuando alguna ráfaga de viento penetraba en la habitación. De una corona de laurel se desprendieron algunas hojas secas. Era la misma que Fanny había colocado en la cabeza de Dobbs el 4 de Julio de 1876, después del famoso discurso que pronunció en el salón de la escuela con motivo del aniversario de la Independencia.

Acostado en la cama de Dobbs, todo era preguntarme qué empleo sería aquel de la clase de primeros.

Lo supe cuando llegó el verano. Pasaba por el vestíbulo de un Ministerio, cuando tropecé desgraciadamente con un hombre que llevaba al hombro una especie de yugo, del que pendían dos cubos llenos de nieve para refrescar el agua de las oficinas.

¡Era Dobbs!

No dejó la carga, porque el reglamento lo prohibía y comenzó á hablarle alegremente y á decir que estaba aún en el primer escalón, pero que muy pronto subiría más. Como era inevitable la reforma de los servicios civiles, pronto tendría un ascenso.

—¿Quién le dió á V. ese empleo? ¿Gashwiller?

—No, creo que se lo debo á usted. ¿No le contó usted mi historia al subsecretario Blank? Pues éste se la refirió al Director Dasle, y como son tan buenas personas, han hecho por mí lo que han podido... Ahora ya tengo el pie en el estribo, como suele decirse... Sin embargo, hay que montar.

Le acompañé por las escaleras contándole de color de rosa mi visita á Remus y la impresión que me habían causado su mujer y su suegro. Después le prometí visitarle otra vez tan pronto como volviese por Washington, y por último le dejé bajo el yugo que se había impuesto.

Con el cambio de Ministerio vino la reforma de los servicios civiles, pero vino violenta y mal dirigida como todas las reformas repentinamente; cruel para los individuos como todas las modificaciones. Al primer golpe del hacha revolucionaria cayeron aquellas cabezas, á las cuales una larga práctica en la rutina oficinesca había hecho inútiles para cualquier otro trabajo, y entre ellas cayó la de Expectante Dobbs, aquella cabeza tonta, débil y hueca.

Más tarde se supo que el ilustre Gashwiller había distribuido personalmente más de veinte empleos, y que en cuanto vió el nombre del pobre Dobbs en una de sus muchas instancias, se apresuró á sacrificarle sin piedad, porque figuraba en la oposición. La moral pública quedó vengada en su persona.

Desde entonces desapareció. Inútilmente le busqué por vestíbulos, antecámaras y corredores. Acabé por creer que se había vuelto á su tierra.

Procedente de Baltimore llegó una mañana á Washington. El sol bañaba dulcemente la fachada del Capitolio, mientras que el resto del edificio reposaba aún en una calma majestuosa. ¿Cómo debía uno imaginarse que á aquella hora podría Gashwiller deslizarse por la espléndida columnata y atravesar el maravilloso pórtico sin que la estatua del frontón, indignada de tanta audacia, se precipitase espada en mano sobre el intruso y castigase su indiscreción? ¿Cómo comprender que manos parricidas llegarían á levantarse contra la Madre común, envuelta allí en la casta blancura de su ropa, en la noble tranquilidad de su fuerza, en el amor de los hijos de mármol que agrupa á su alrededor?

Me hallaba muy lejos de pensar en Dobbs, cuando al paso del carro me llamó la atención un rostro que acababa de entrever. Le dije al cochero que parase y reconocí indecisa y desolada á la pobre mistress Dobbs en una esquina de la calle. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba Expectante?

Balbuceó algunas palabras sin ilación y acabó por echarse á llorar. La obligé á tomar asiento en mi carro.

Sola allí y ahogada por los sollozos, me contó que Expectante ya no había vuelto nunca al redil, y que ella recibió carta de una tercera persona diciéndole que su marido estaba enfermo de muerte. Su padre no había podido acompañarla, y venía sola, á pesar de su miedo, de su miseria y de su abandono...

—Sabe usted dónde vive?

—Aquí le tiene usted.

Era en los arrabales de Washington, cerca de Georgetown. Me faltó el tiempo para decirle á la pobre mujer que yo la acompañaría. En el momento de arrancar el coche traté de distraerla, llamándole la atención sobre los hijos de la Gran Madre común; pero, sin mirarlos, murmuró:

—¡Oh! ¡qué distancias tan terribles y tan pesadas!

Llegamos. Era un barrio de negros, pero limpio y aseado. La pobre mujer temblaba como la hoja en el árbol, cuando el coche se detuvo frente á una especie de barraca llena de negritos harapientos. Una mulata se acercó á la puerta.

Allí era. Vivía en la parte más alta, en la mayor miseria, y ahora tal vez estuviese durmiendo.

Le encontramos en el piso alto, acostado en un jergón. Junto al pobre lecho había una mesa de pino toda llena de solicitudes para los distintos ministerios. Sobre la sábana se veía una instancia á medio escribir, que se había escapado de sus débiles dedos.

Al oír pasos se apoyó en el codo.

—¡Fanny!, exclamó.

En su rostro se dibujó el disgusto.

—Pensé que era la contestación del secretario de Estado... añadió á modo de excusa.

La pobre mujer había sufrido ya demasiado para no soportar con resignación este último desengaño. Acercóse lentamente á la cama, sin exhalar una queja, sin derramar una lágrima, arrodillóse y abrazó á su marido. Los dejé solos.

Por la noche cuando volví estaba mejor; pero contra lo mandado por el médico, habló hasta con cierta alegría durante una hora.

Después apoyó la cabeza entre las manos y quedó pensativo. Cuando la levantó dijo á su mujer:

—¿Sabes que mientras buscaba apoyo y protección por todas partes me había olvidado del más poderoso de todos, del que manda en los reyes y en los ministros?... Me parece que ya es tiempo de pedirle que se interese por mí. Y si no fuese tarde, mañana mismo le pediría una audiencia...

Aun no había llegado el día de mañana, cuando ya había obtenido la audiencia... ¿Le darían entonces un buen destino?

BRET HARTE

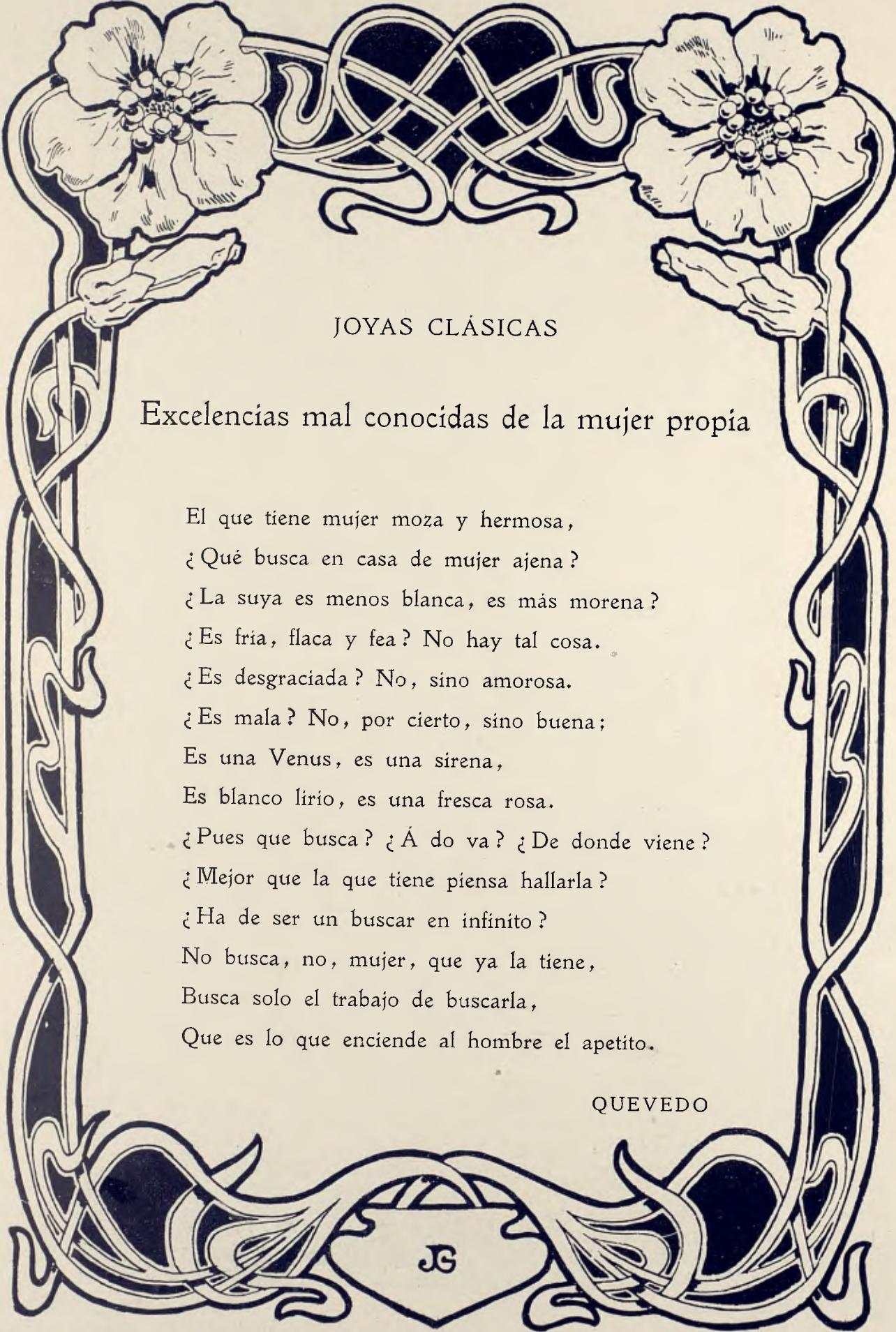
Ilustraciones de R. NAVARRO



SOÑADORAS.

ALBERTO MOORE





JOYAS CLÁSICAS

Excelencias mal conocidas de la mujer propia

El que tiene mujer moza y hermosa,
¿Qué busca en casa de mujer ajena?
¿La suya es menos blanca, es más morena?
¿Es fría, flaca y fea? No hay tal cosa.
¿Es desgraciada? No, sino amorosa.
¿Es mala? No, por cierto, sino buena;
Es una Venus, es una sirena,
Es blanco lirio, es una fresca rosa.
¿Pues que busca? ¿A dónde va? ¿De dónde viene?
¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
¿Ha de ser un buscar en infinito?
No busca, no, mujer, que ya la tiene,
Busca solo el trabajo de buscarla,
Que es lo que enciende al hombre el apetito.

QUEVEDO

EL "DONAO"⁽¹⁾

I



JUANICO, el hijo único de casa de « Machinandairena », era un mocetón fornido, más derecho que un pino, más fuerte que un roble, más hacendoso que las mismas hormigas y tan bueno é inofensivo como un pedazo de pan. Pero á pesar de su atlética complexión, de su laboriosidad, de su excelente carácter y de sus treinta y tres años cumplidos, no había «tomado estao. »

¿Por qué?

No sería por falta de novia, seguramente, puesto que el mocete, además de su hermosa presencia, procedía de casa rica, y como quiera que la mujer que con él se casara iría de «dueña»—siguiendo usos y costumbres del país—á «casa de Machinandairena», desde que Juanico pasó las quintas no transcurrió mes sin que se le hicieran algunos ofrecimientos de pareja, bien con convecinas suyas, bien con muchachas de las aldeas cercanas, y me consta que alguna de las novias que le fueron ofrecidas hubiese aportado al matrimonio doscientas onzas... Mas Juanico mostrábase indiferente á toda clase de proposiciones, por ventajosas que fuesen, y ni sus interesados, ni el señor vicario, podían conseguir que el presunto «donao» cantase claro y dijera cuáles eran sus propósitos é intenciones.

II

Tanto y tan inútilmente habían luchado parientes, conocidos y amigos por arrancar al hijo de los Machinandairena una revelación de sus impenetrables designios, que, amostazado don Marcelino, el vicario ó abad, de aquel su feligrés, le dijo un día en tono un tanto duro y poniendo el semblante algo nublado:

— «Vamos á ver, Juanico, escúchame con atención, y basta de recados y requelorios, que lo mismo á tus padres que á mí nos tienen más disgustados de lo que á tí te parece.»

(1) Adjetivo que se aplica en Navarra á los solterones.



— «Qué, ¿me «reniega» usted, señor vicario? »

— «¡Vaya, hombre, así quiero yo verte: sumiso y humilde; pues aun cuando rebelde no lo has sido nunca, te has presentado siempre tan poco franco al tratar de cierto asunto que, ¿qué quieres que te diga?: en muchas ocasiones te he tildado de discolo! »

— «Pues hable usted, don Marcelino, que se le contestará en aquello que se pueda. »

— «¿Todavía sales con preámbulos?... ¡Recorcho, recorcho, con este gallo crestudo! »

— «¡Bueno, no se enfade usted, señor vicario, que le escucharé cuanto tenga á bien decirme, y luego, en aquello que se pueda!... »

— «Pues en ese supuesto—añadió paternal y cariñosamente el anciano y virtuoso sacerdote—voy á decirte, hijo mío, que el hombre, para cumplir con Dios y con el mundo, como perfecto católico, sólo tiene dos caminos: ó casarse, ó abrazar el estado religioso. Con que elige; elige, Juanico, entre uno y otro, y no te descuides, porque los años pasan sin sentir; cuando quieras recordar será tarde para todo, y sin darte cuenta de ello te verás convertido en un «donao», y no serás útil á tus padres, ni á tus semejantes, ni para tí mismo, siquiera ¿Comprendes lo

que te quiero decir?... Sí, hijo, sí: cásate, aunque sólo sea por evitar las habladurías de las gentes que, como son tan malas, ya andan parloteando por ahí que si tienes ó dejas de tener tus malos negocios con una mala mujer y á la cuál visitas en la capital. Yo no doy crédito ¡claro está! á semejantes calumnias, pues por falso testimonio tengo ese run-run que corre, pero son tan lenguaraces estas mis feligresas, que no anhelo otra cosa que verte casado para taparlas sus bocas infernales... Conque, Juanillo, ¿en qué quedamos? ¿te casarás, *pues*?... ¿Estás preocupado?... ¡Me parece que te veo un poco mustio!... ¿Es que te han llegado á lo vivo mis reflexiones?... Alégrate, alégrate,

te, chico, que para acabar te voy á hacer una pregunta; enseguida me marcharé, y te concedo una semana de tiempo para que pienses la contestación que has de darme... Dime, dime: ¿Conoces á la hija menor de «casa Jaurrieta», del alcalde de la cendea?... Una mocetona guapa, *pues*; morenica, cinco ó seis años más joven que tú, muy espabiladica, muy ahorradora y que os traería, acaso, dos centenares y medio de onzas... ¿Te hace buen ojo, mocete? »

III

Dejáronle á Juanico tan *espantado* las cosas que oyó de labios del señor vicario, que cualquiera que observara su abstracción creería abrumado por la más terrible de las desgracias. Y es que él á todo se avenía: á sufrir las intencionadas indirectas de la madre, á escuchar resignadamente los «reniegos» de don Marcelino... ¡pero eso de que le levantaran un falso testimonio de tal magnitud, eso de que le atribuyeran tratos ilícitos con una mujer!... Y juraba ante Dios y ante todas las imágenes de Cristo que él, que Juan Machinandiarena y Chapelzuri, jamás pensó en otra mujer que en su Casildica ¡Vaya si lo juraba!

Y era forzoso creer en los juramentos del pobre muchacho, porque reunía todas esas envidiables condiciones morales que caracterizan á los aldeanos de nuestra región Vasco-Navarra: sobriedad, prudencia, temperamento reflexivo y una tan casta predisposición que admira y encanta.

· · · · ·

Casildica, la hija de «Cachules» el pastor de «casa Machinandiarena» era una moceta de lo más florido de la cendea de X... Guapota, frescachona, de aspecto austero y un tanto frío, al parecer, pero sanota y apetitosa... Menos tímida que el galán que estaba enamorado de su trapio y donosura cuando la casualidad la deparaba ocasión de hallarse á solas con Juanico, el «donao» de su amor, mirábale frente á frente y casi hasta le decía con sus grandes ojazos de un verde interesante:— «¿Y por qué si me quieres eres tan cobarde, *pues?*»

Los dos se gustaban y sabían que se querían y que se querían de veras. Pero como quien debía hablar era él ¡y él se callaba!... Ella, la pastora, y su romántico e ideal pretendiente el amo, sospechaba la muchacha que la diferencia de posición era la causa del retraimiento de Juanico; mas entonces ¿por qué no buscaba otra? Y la hija de «Cachules» solía exclamar:— «Jesús, María y José! ¿para qué habrá ricos y pobres en el mundo, *pues?*»

IV

Aquel día celebrábase en el pueblo no sé qué tradicional fiesta religiosa. Acudieron á oír la misa la mayoría de los vecinos. Juanico y Casildica no asistieron porque, siendo la época del destete de corderos, tenían que hacer indispensables menesteres en el corral.

«¡Qué ocasión más oportuna para parlárselo á Casildica!»—pensó el heredero de «casa Machinandiarena.» Pero ¿cómo empezaría á decírselo?... Al verse cara á cara con ella, con aquella moza fresca y de rostro sonrosado, temblaba como un azogado; repetidas veces se

rascó la oreja izquierda con la mano del mismo lado y muchas, también, paseó de un lado á otro de la *corte* sin atreverse á desembuchar la primera palabra, hasta que, pasados estos sudores y trasudores, rompió á hablar y la dijo:

— « ¡Casildica: hablarte quería, *pues!* »

— « ¡De broma estás tú, Juanico! »

— « De broma dices ¿eh?... ¡Vaya una broma, *pues*, moceta!... ¡Lo que yo quiero decirte años hace que lo sabes tú, no mientes! »

— « ¿Saber yo?... ¿Qué he de saber, hombre?... Lo que es que si no te explicas mejor no lo sabré, no. »

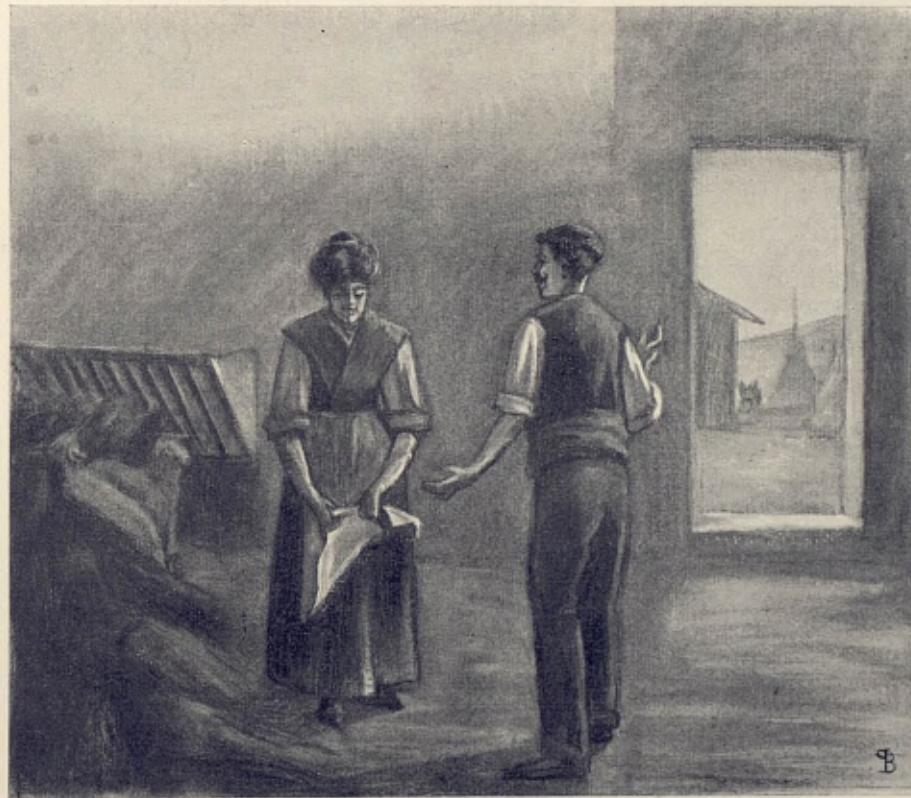
— « Pues escucha y contéstame, Casildica: ¿por qué yo no he tomado *esta* ya? »

— « ¡Jesús, María y José! ¿y á mi que me dices, *pues?* »

— « ¿Que á ti qué te digo, moceta?... Pues te digo que se lo digas á los padres esta misma noche que yo también se lo diré á los míos, y, que les acomode ó no, yo he de ser para *tú* y la «Cachuluca» será la «dueña» de «casa Machinandiarena.»

Tornóse la moza más colorada que una amapola, rastreó Juanico su mirada por el suelo, y agregó:

— « Conque, ya lo sabes ¿eh?... Que no pase de esta noche y á ver si para de hoy en quince vamos de vistas á Pamplona. »



ESCENA DEL QUIJOTE, POR D. U. VIERGE



D. QUIJOTE BUSCANDO UN NOMBRE PARA SU CABALLO

— « Jesús, María y José ¿y qué te dirá la madre?... ¡ Casarte con la hija del pastor! »

— « Pues diga lo que le parezca, yo la replicaré: que ó me caso contigo, ó me meto fraile, ó me tiro de cabeza al río. »

V

Casildica y Juanico se unieron en el indisoluble lazo del matrimonio. Los amos de « casa Machinandiarena » prefirieron ver casado á su hijo único con la hija de su pastor, antes que se metiera fraile, se tirase de cabeza al río ó se quedara « donao. »

El día de la boda se hizo un gasto *atroz*, y los novios, acompañados de don Marcelino, y de los compañeros ó padrinos, fueron á lucirse un rato por Pamplona y á tomar café en « Yruña. »

Anochecía cuando regresaron al pueblo; descansaron algunos minutos; pusieronse á cenar, y así que hubieron terminado, murmuró Casildica al oído de Juanico:

— « ¡ Jesús, María y José!... ¿ Tendrás que dormir conmigo, *pues*? »

— « ¡ Eso digo yo!... Y sino, espera, se lo diremos al señor vicario á ver que le parece.. »

— « ¡ Eh, señor vicario!.. »

DESIDERIO MARCO

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

CON motivo del centenario de Dumas padre, vuelven á recordarse particularidades del famosísimo autor de «Los Tres Mosqueteros». La más pasmosa, á mi entender, es la increíble frescura que tuvo para firmar obras ajenas, vendiendo su firma por arrobas, como las patatas. Parece que son más de mil los volúmenes que por ahí circulan y en cuya portada se lee: *por Alejandro Dumas*. Todo el mundo sabe que en la mayoría de esos libros el autor no tuvo arte ni parte, y en otros muchos se limitó á dar el argumento, dejando en las manos pecadoras de ignaros y mercenarios escribidores el trazado de las páginas en que el demonio del hombre daba gato por liebre á la posteridad.

Esto revela la inocencia y las enormes despachaderas de los críticos y de los lectores que se estilaban en aquellos tiempos en que el mundo no estaba tan perdido como ahora, en aquellos benditos tiempos que ¡ay! no volverán. Aquello si que era un gusto. Todo lo que necesitaba un librero para dar salida á la literatura invendible era cambiar el nombre del autor: la obra era lo de menos, *le fonds n'est rien*. Este dato histórico se le ha pasado por alto al bueno de Tolstoi, el cual arremete contra críticos y lectores en un prólogo que recientemente ha puesto á la novela «El Campesino» de Von Polentz.

«A lo que yo recuerdo, dice Tolstoi, en cincuenta años se ha operado esta increíble decadencia del buen gusto y del sentido común del público. La corrupción fácilmente se ve en todos los ramos literarios... La ignorancia de nuestra gente pulida es tal, que los pensadores verdaderamente grandes, poetas ó prosistas, antiguos ó modernos, se miran como pasados de moda, insipidos, incapaces de satisfacer las finísimas demandas de la generación presente. O vendemos protección á los maestros ó los ponemos desde luego fuera de caso con desden. En filosofía la última palabra es la jerga incoherente, ampulosa, cínica é inmoral de Nietzsche, y tomamos como poesía de primer orden la justaposición forzada de palabras que solo van juntas por

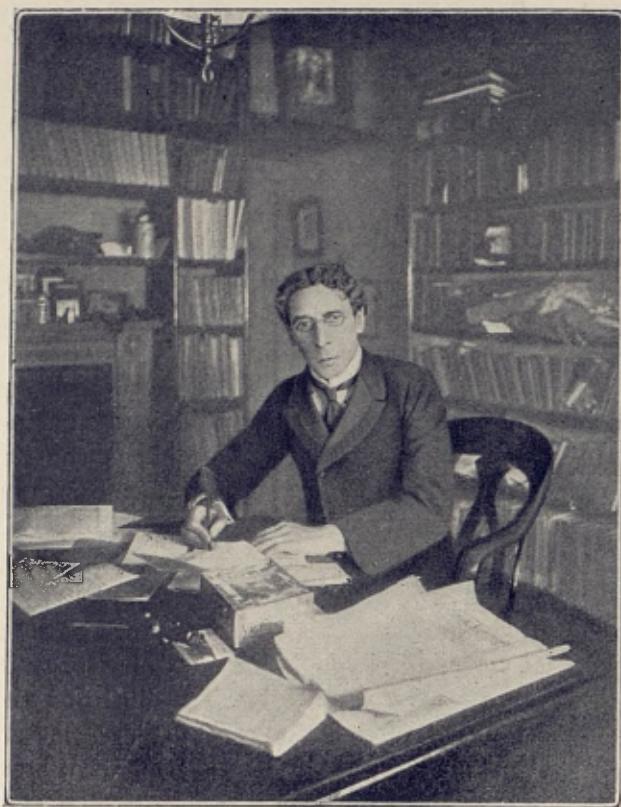
virtud del metro y de la rima. En todos los teatros se ponen en escena obras que nadie entiende, ni los autores que las han escrito, y corren en manos de todos millones de ejemplares de unas cosas que llaman novelas y en las cuales nadie puede descubrir hilaza de arte ó migas de ninguna especie».

Tolstoi achaca la responsabilidad de este estado de cosas á los críticos y especialmente á la prensa periódica. Según él, la prensa ha llegado á ser en manos de la gente acomodada el principal instrumento para la diseminación de la ignorancia. «Si en nuestros días, dice, se diese á un joven despejado, y salido de la clase popular, libre acceso á los libros y periódicos actuales, por muy deseoso de instruirse que estuviese el joven, correría el riesgo de pasar diez años leyendo cosas inmorales ó insignificantes. Tan difícil le sería topar con un buen libro como con la aguja en el pajar del proverbio. Y así sucede que de tanto leer libros malos, el conocimiento y el gusto se pervierten y no queda capacidad para apreciar ó para entender el mérito de los buenos libros».

Amen. Este sermoncito del venerable ruso se me antoja una pizca dogmático y más que medianamente subjetivo é indocumentado. ¿Lo digo bien? Libros y periódicos los hay de todas las maneras imaginables *en estos tiempos*, gracias al ejercicio del sagrado é inalienable derecho á disparatar, que es el orgullo y la bendición del hombre moderno. Y así el progreso es innegable en todas las líneas y el espíritu altruista cada vez más boyante. ¿Cuando ni como los ricos de las épocas pasadas se han dignado descubrir el secreto de la riqueza á todo bicho viviente? Pues ahora el señor Andrés Carnegie, el archimillonario yanki, ha publicado un libro con el solo objeto de que todo joven decente y de medios alcances pueda labrar una fortuna enteramente desproporcionada por su magnitud á las necesidades y requerimientos de la vida cristiana y de los estados perfectos. De modo que en adelante el que sea pobre con su pan se lo comerá porque «La Escuela del Millonario» es para todo el mundo.



BRET HARTE



MR. ISRAEL ZANGWILL

Carnegie, en su simpático altruismo, no ha repartido el pastel, pero ha prodigado la receta, lo que es casi lo mismo. El secreto en sí es menos complicado de lo que pudiera creerse. En primer lugar, para hacer millones es menester *poner atención* en lo que se hace. Si no se pone atención no hay millones, ea. En segundo lugar hay que procurar en lo posible no ir á la oficina completamente borracho, porque es algo probable que el principal esté casi claro del todo y, naturalmente, hay peligro de que se haga cargo. Finalmente y para terminar: el que quiera ser millonario que no juegue: se debe uno contentar con negocios que produzcan el ciento por ciento ó algo más si se cuadra, pero es evidentemente absurdo dejarse seducir por las fabulosas ganancias de la ruleta ó del *poker*.

Si á los millonarios, con su omnisciencia indiscutible, les da por invadir este espinoso campo de la literatura donde ya no cabemos ni de pie, estamos perdidos. A tiempo se ha muerto Bret Harte, el famoso autor de «Bocetos Californianos».

Las letras inglesas han perdido en Bret Harte un eximio cuentista, uno de los que más han contribuido al esplendor del *género corto*. Nació en 1839 en la ciudad de Albania, en el Estado de Nueva York, pero se trasladó á California á los 15 años y allí labró su fama de literato insigné y de experimentado periodista. En 1885 dimitió el cargo de Consul de los Estados Unidos en Glasgow, que á la sazón estaba desempe-

ñando, y se estableció en Inglaterra definitivamente.

Otro cuentista americano ha fallecido también: Stockton. Se refiere que la fama de Stockton nació repentinamente al publicarse su cuento «The Lady or the Tiger?». Este exitazo estuvo á punto de ser la ruina del autor, porque todos los periódicos quisieron inmediatamente su colaboración. Apremiado por la excesiva demanda, empezó á remitir cuentos á diestro y siniestro, pero se los devolvían los editores echándole en cara su inferioridad respecto al primero y así aprendió Stockton á su costa cuan difícil es escribir cuentos á porrillo y cuan peligroso dar á la estampa una obra que no se tiene la seguridad de poder honrar en lo sucesivo con otras de mérito semejante.

Bien que, si reflexionamos en las contingencias de este mundo traidor, poca cosa ganamos con la fama y poca cosa perdemos con la oscuridad, y bien deleznables resultan todas las obras del ingenio. Llámese usted Balzac y tómese la molestia de escribir «La Comedia Humana» y siéntese usted luego á esperar lo que sigue. Hay en París unos editores que han publicado esta obra en diez tomos, pero advierten en los anuncios que han resumido *según su leal saber y entender* todos aquellos pasajes del libro que les han parecido demasiado largos y tediosos. Hay quien propone que los admiradores de Balzac se reunan en un dia fijo para romper las prensas y quemar la edición. Pero eso sería pasar de la Comedia á las infracciones de orden público, y tengo para mí que las cosas de la literatura se estropean y malogran al pasar de la ficción al hecho.

Por esta razón veo con ojos de lástima el movimiento *sionista* que se ha iniciado en Inglaterra. El último *tour de force* del apostol del *sionismo*, Mr. Israel Zangwill, es su libro «La Capa de Elías», el cual ha causado una decidida impresión en el público. Dos años de concentración y laboreo han costado de escribir las mil páginas del manuscrito y Zangwill ha salido de esta dolorosa gestación con tal quebranto de fuerzas, que los médicos le han mandado que no escriba una letra en algunos meses.

El *sionismo* es la tendencia ó movimiento político-social que se refleja en la literatura y se propone dotar al pueblo judío de un suelo propio. La esperanza, que tan invenciblemente anida en los corazones israelitas, deja entrever á los sionistas la posibilidad de que los cressos de la raza tomen en serio la idea y empieze desde el año que viene la emigración á la Palestina. Para comenzar bastarán unos pocos millones, pero luego serán menester muchos más para explotar debidamente el país; de todos modos, el dinero necesario para esta empresa en su conjunto es incomparablemente menor que el que exige la constitución de un *trust* á la americana.

Y cuando los judíos estén ya en Palestina ¿qué harán en su tierra? «Tengo la persuasión», dice Zangwill, de que no faltará un grandioso edificio religioso-nacional, á semejanza del antiguo Templo. En él me gustaría volver á resucitarlo todo, menos la parte sanguinaria de los sacrificios que podría sustituirse con ofrendas de frutas y de flores. También espero que no dejará de formarse un teatro nacional judío; pero el pueblo es quien tiene que hacer las leyes y todo cuanto guste. El único deseo de los *leaders* es ayudar

al pueblo á que vuelva á encontrar una forma de expresión propia».

Paréceme que en este último sentido la carencia de un idioma común ha de ser algo embarazosa en los sentimentales albores de la Nueva Palestina. La ocasión sería de perlas para escoger una lengua perfecta y muy comercial, el volapuk pongo por caso, ó bien para dotar á los *palestinos* de una lengua *azul*, como la inventada por Bollak, ó de una lengua *rosa*... del color de las ilusiones.



F. DOMINGO

EN LA POSADA

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

SIGUERON el consejo y sacaron de la sala siete mil muertos que echaron abajo y que cayeron delante de los escalones. Entonces se escucharon los lamentos angustiosos de sus parientes.

Muchos de ellos tenían heridas tan ligeras, que si los hubieran curado se habrían salvado, pero aquella horrible caída les causó la muerte. Sus amigos gimieron, pues era para ellos amarguísima pena.

Así habló el músico, el héroe valeroso: «Ahora veo que es verdad lo que me han dicho; los Hunos son cobardes, lloran como las mujeres; mejor harían si cuidaran á sus heridos.»

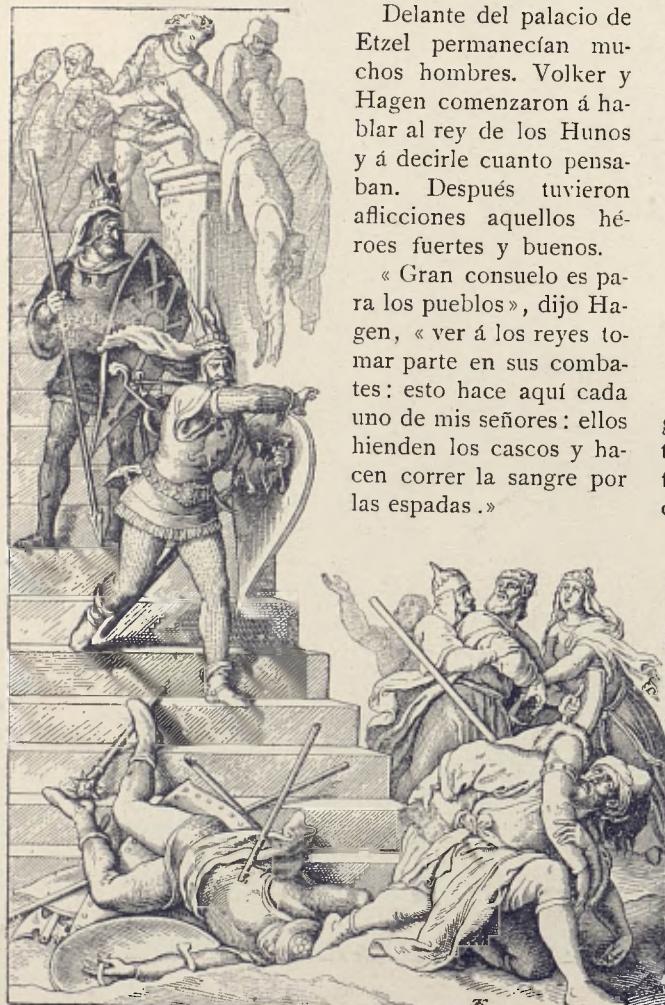
Escuchando esto un margrave y creyendo que lo decía de verdad, cogió á un pariente suyo que se bañaba en sangre y quiso llevárselo para curarle las heridas, pero de una lanzada lo tendió muerto el fuerte músico.

Los demás que vieron esto, se alejaron corriendo de la sala y todos maldijeron al músico, pero éste esgrimió la dura y afilada javelina que uno de los Hunos le había lanzado.

La arrojó lejos, más allá de la multitud, al otro extremo de la población. Además indicó á los de Etzel el extremo de la sala en que debían detenerse. Todos llegaron á temer su horrible fuerza.

Delante del palacio de Etzel permanecían muchos hombres. Volker y Hagen comenzaron á hablar al rey de los Hunos y á decirle cuanto pensaban. Después tuvieron aficiones aquellos héroes fuertes y buenos.

«Gran consuelo es para los pueblos», dijo Hagen, «ver á los reyes tomar parte en sus combates: esto hace aquí cada uno de mis señores: ellos hienden los cascos y hacen correr la sangre por las espadas.»



El rey Etzel que era valiente, tomó su escudo. «No les dé tu vida», le dijo Crimilda, «ofrece mejor á los guerreros un escudo lleno de oro; si Hagen te alcanza te dará muerte con sus manos.»

El rey era tan valeroso, que no quería prescindir del combate, como en nuestro tiempo lo hacen muchos príncipes distinguidos. Tuvieron que retirarlo de allí cogiendo las correas de su escudo. El furioso Hagen comenzó á burlarse.

«Un parentesco lejano», dijo Hagen haciendo ademanes, «une á Etzel con Sigríðo. Amó á Crimilda antes que vos la hubierais visto; cobarde rey Etzel ¿por qué has conspirado en contra mí?»

Estas palabras las escuchó la noble reina. La cólera de Crimilda se aumentó al ver que se burlaban de ella en presencia de los guerreros de Etzel. Nuevamente comenzó á maquinar contra los extranjeros.

Ella dijo: «Al que mate á Hagen de Troneja y me traiga de regalo su cabeza, le llenaré de oro el escudo de Etzel y le daré además, en recompensa, buenas ciudades y campos.»

«Yo no sé por qué tardan tanto», dijo el músico. «No he visto guerreros tan cobardes cuando les ofrecen rica recompensa. Por esto Etzel debía retirarles su gracia.»

«Veo permanecer quietos á muchos cobardes que comen el pan del rey y que lo abandonan en tan grande aflicción, allí veo á muchos sin vergüenza, que para siempre deben ser execrados.»

Así pensaban los mejores de ellos: «Verdad es lo que Volker dice.» Pero ninguno se sintió tan enardecido como el margrave Iring, el señor de Daneland y bien pronto lo hizo ver.

XXV

DE COMO MURIÓ IRING

El margrave Iring de Daneland gritó: «Con cuidado guardo mi honor desde hace mucho tiempo, y me he batido valientemente en muchas batallas sostenidas con distintos pueblos. Que me traigan mis armas, quiero batirme con Hagen.»

«No os aconsejo tal cosa», le respondió Hagen. «Haced por el contrario, que retrocedan los guerreros de Etzel, porque si dos ó tres de ellos penetran en la sala, los arrojaré de mala manera desde lo alto.»

«Lo que dices no me hará retroceder», le contestó Iring: «yo me he encontrado en aventuras de mayor peligro, y quiero combatir contigo solo con la espada. De nada te servirá lo atrevido de tus frases.»

El valiente Iring se arnó muy pronto, así como también Irnfrido el fuerte de Turinga y Hawart el valeroso con mil hombres; ellos se encontraban dispuestos á socorrer á Iring en la empresa.

El músico vió avanzar una apuesta tropa que se aproximaba con Iring; llevaban ceñidos los buenos y brillantes yelmos. El arrogante Volker se sintió poseído de fogosa cólera.

« ¡Ves, amigo Hagen, como se adelanta Iring que ofreció batirse contigo solo con la espada? ¿Mienten aquí los héroes? Desprecio tal manera de obrar; traen consigo mil guerreros ó más. »

« No me acuses de decir mentira » dijo el vasallo de Hawart. « Estoy pronto á hacer lo que prometí, y el terror no me hará desistir de mi empeño; por terrible que sea Hagen, quiero combatir con él. »

Rogó Iring á sus parientes y guerreros que lo dejaran combatir solo con el héroe; accedieron con pesar, pues conocían el valor terrible de Hagen el de Borgoña.

Tanto lo rogó que cedieron al fin, y cuando los de su acompañamiento vieron el decidido ánimo con que buscaba honores, lo dejaron ir. Entre los dos se empeñó un terrible combate.

Iring el de Daneland llevaba levantada la lanza y se cubría con el escudo el valeroso héroe; comenzó á subir los escalones para encontraarse con Hagen en la sala. Los golpes de los combatientes producían un horrible ruído

Botaron sus lanzas contra los escudos, llegando con ellas hasta las bruñidas armaduras con tal fuerza, que las astas volaron en astillas. Furiosos los héroes, echaron entonces mano á las espadas.

La fuerza del terrible Hagen era muy grande; sobre él asestó Iring dos tajos que se oyeron en toda la ciudad. La sala y las torres temblaban, pero el guerrero no pudo conseguir lo que se proponía.

Iring dejó á Hagen sin haberlo herido y se dirigió hacia el músico, creyendo que podría derrotarlo con sus terribles golpes, pero aquel esforzado héroe se supo defender bien.

El músico descargó con tal violencia que rompió el escudo; dejando entonces á Volker, que era un hombre horrible, se dirigió contra Gunter el rey de Borgoña.

Ambos eran bravos en el combate. Por fuertes que fueran los golpes que Gunter diera á Iring y éste á Gunter, no consiguieron que la sangre brotara de las heridas. Sus armaduras que eran magníficas los preservaban.

Dejó á Gunter y se lanzó contra Gernot, haciendo brotar chispas de su cota de mallas. El fuerte Gernot de Borgoña hirió casi mortalmente al atrevido Iring.

De un salto se alejó del príncipe; era muy ágil. El héroe mató á cuatro nobles del acompañamiento de los señores venidos de Worms sobre el Rhin. Con esto se excitó el furor de Geiselher.

« Juro á Dios, señor Iring, » dijo el joven Geiselher, « que me pagaréis la muerte de los que habéis matado. » Se arrojó con tanta fuerza contra el héroe de Daneland, que logró derribarlo.

Cayó sobre sus manos en la sangre, y todos creyeron que aquel buen guerrero no podía dar un tajo más con su espada en el combate. Ante Geiselher yacía Iring, pero sin herida ninguna.

Con el choque en el yelmo y el ruído de la espada, había perdido el sentido y la fuerza aquel esforzado guerrero y parecía sin vida. Aquello lo había hecho con su fuerza el valiente Geiselher.

Pero cuando pasó la commoción producida por los golpes sufridos en la cabeza, pensó: « estoy vivo y no tengo herida ninguna; ahora comienzo á conocer la fuerza del noble Geiselher. »

Escuchaba á sus enemigos cerca de sí; si hubieran sabido que vivía lo hubieran rematado. Vió también á Geiselher á su lado y pensaba en la manera de escapar con vida á sus enemigos.

¡ Con cuanta fuerza saltó el héroe de la sangre! Con su gran rapidez dió un terrible salto hacia la puerta donde halló á Hagen, sobre el que descargó su férrea mano fuertes golpes.

Hagen pensó: « es menester que seas de la muerte, y si el demonio no te proteje no volverás á escaparte. » Iring hirió á Hagen por debajo de la celada de su yelmo; esto lo había hecho el héroe con Waske que era una buena espada.

Cuando el furioso Hagen sintió la herida, hizo girar en su mano la espada: el vasallo de Hawart tuvo que retroceder, y Hagen siguió persiguiéndolo por la escalera.

Levantó sobre su cabeza el escudo Iring el fuerte, pero aunque aquella escalera hubiera tenido más peldaños, Hagen no le hubiera dejado dar un solo golpe. ¡ Cuantas rojas chispas brotaron de sus yelmos!

Iring llegó sin herida hasta donde estaban sus amigos Crimilda supo la noticia de que el de Troneja había sido herido en el combate; por esto la esposa del rey le dió expresivas gracias.

« ¡Dios os lo recompense, Iring, bueno y excelente guerrero; tu animas mi corazón y mi alma. Desde aquí veo enrojecida por la sangre la armadura de Hagen! » Crimilda en su agradecimiento le tomó el escudo de la mano.

« No le dé las gracias tan pronto, le grito Hagen: si quiere comenzar ahora la lucha, hará lo que debe, y si vuelve á luchar será un hombre valiente. No te alegres de la herida que he recibido. »

« Si con la sangre de mi herida veis rojo el arnés, esto me excitará para dar muerte á muchos hombres, mi cólera crece con la primera herida que Iring me ha hecho. »

Iring el de Daneland, se puso al aire refrescando su armadura y desatando su yelmo. Toda la gente decía que era fuerte y bueno, por lo que el margrave se sentía muy orgulloso.

Iring gritó entonces: « Ahora, amigos míos, es menester que me arméis enseguida; quiero ver si puedo domeñar á ese hombre impertinente. » Su escudo estaba agujereado, por lo que le dieron uno mejor.

Inmediatamente el guerrero se encontró mejor armado que la primera vez; cogió con furiosa cólera una fuerte lanza, la que en su odio quería esgrimir contra Hagen, pero fué recibido de una ruda manera.

Hagen el valeroso no lo esperó; saltó la escalera saliendo á su encuentro, lanzando una javalina y esgrimiendo su espada, terrible era su cólera. Para nada le sirvió á Iring el guerrero, su fuerza.

Golpeaban de tal modo sus escudos que parecían iluminados por rojas llamas. El vasallo de Hawart recibió de la espada de Hagen una terrible herida á través del yelmo y del escudo; ya no vivió más.

Cuando Iring el héroe sintió la herida, el fuerte hombre levantó el escudo hasta el casco. Le parecía que el tajo recibido era mortal, pero aún le dió uno mayor el guerrero del rey Gunter.

Hagen vió á sus pies una lanza tendida; la esgrimió contra Iring del Daneland con tal fuerza, que el asta le atravesó la cabeza. Terrible muerte le había dado Hagen.

Iring tuvo que retirarse hacia sus Daneses, y antes que pudieran quitarle el casco, tuvieron que sacarle la lanza de la cabeza; estaba próximo á morir, sus parientes lloraron, grande era la aflicción de ellos.

Llegó la esposa del rey y se inclinó sobre él, llorando al fuerte Iring, afligida por sus heridas. Así dijo ante sus parientes aquel guerrero fuerte y vigoroso:

« Dejad vuestro doloroso llanto, muy noble reina. ¿Para qué sirven vuestras lágrimas? Tengo que perder la vida por las heridas que he recibido. La muerte no me quiere dejar más tiempo á vuestro servicio y al de Etzel.»

Luego dijo dirigiéndose á los de Turinga y á los Daneses: « Nunca reciban vuestras manos los regalos de la reina, ni toméis su oro rojo; y si atacáis á Hagen es lo mismo que si corriérais ante la muerte.»

En sus pálidas mejillas tenía los signos de la muerte Iring el valeroso; todos los que estaban allí, sentían pena por la muerte del héroe de Hawart; los Daneses querían comenzar de nuevo el combate.

Irnfrido y Hawart se dirigieron contra el palacio con mil guerreros; por todas partes se escuchaba un grande y terrible ruído. ¡Oh, cuantas aceradas flechas lanzaron contra los Borgoñones!

Irnfrido el fuerte se dirigió hacia el músico, pero recibió grave daño de su mano: el noble músico hirió al margrave á través de su templado yelmo: su furor era indecible.

El hirió al valiente músico, de tal modo que la armadura del guerrero brilló como si el arnés tuviera una roja hoguera. A pesar de todo, el músico dió muerte al margrave.

Hagen y Hawart se habían encontrado y el que logró verlos pudo admirar maravillas. Las espadas se agitaban con gran rapidez en las manos de los héroes, pero Hawart debía morir á manos de los Borgoñones.

Cuando los de Turinga y los Daneses vieron muerto á su señor, comenzó ante el palacio una horrorosa lucha antes de que llegaran á la puerta con sus fuertes brazos. Allí quedaron agujereados muchos yelmos y escudos.

« Atrás », exclamó Volker, « dejadlos entrar en la sala que ellos no conseguirán jamás lo que han pensado: aquí perecerán en poco rato y con la muerte ganarán lo que les ofreció la reina.»

Cuando los valerosos penetraron en la sala, muchos perdieron la cabeza y fueron muertos por los golpes. A muchos mató el fuerte Gernot y lo mismo hizo Geiselher.

Mil cuatro habían entrado en el palacio: las espadas en rápidos molinetes despedían chispas. Todos los que habían entrado fueron muertos por los extranjeros; de los Borgoñones podrían contarse maravillas.

Cesó el tumulto y reinó el silencio; la sangre de los guerreros muertos, corría por las aberturas y por los caños que daban salida á las aguas. Esto habían hecho los del Rhin con su terrible fuerza.

Sentáronse para descansar los Borgoñones y dejaron sus escudos y sus espadas. Allí delante del palacio se estaba el fuerte músico esperando que alguno lo invitara al combate.

El rey lloraba desesperado y lo mismo hacía la reina; doncellas y mujeres sentían turbada el alma. La muerte me parece que se había conjurado contra ellos; pronto los extranjeros les hicieron perder muchos más guerreros.

X X X V I

DE COMO LA REINA MANDÓ INCENDIAR LA SALA

« Ahora aflojad vuestros cascós », dijo Hagen el héroe: « yo y mi compañero velaremos por vosotros y si los guerreros de Etzel quieren combatir nuevamente, avisaré á mis señores lo más pronto posible.»

Muchos buenos caballeros se quitaron los yelmos de la cabeza y se sentaron en la sangre sobre los cuerpos á que habían dado muerte. Los nobles extranjeros seguían espiados por sus contrarios.

Antes que llegara la noche, el noble rey y Crimilda la reina, hicieron que los Hunos intentaran nuevamente el asalto por si conseguían vencer; á su lado se veían más de veinte mil que debían emprender el combate.

Una horrible tempestad descargó sobre los extranjeros. Dankwart, el hermano de Hagen, aquél hombre fortísimo, dejó á sus señores y saltó hacia la puerta para hacer frente al enemigo. Creyeron que había muerto pero apareció sano y salvo.

La terrible lucha continuó hasta que fué de noche: los extranjeros se defendieron como deben hacerlo los héroes, durante todo un día de verano contra los guerreros de Etzel. ¡Oh! ¡cuantos buenos caballeros cayeron muertos ante ellos!

A mediados del estío tuvo lugar la gran matanza, y entonces fué cuando Crimilda vengó en sus más próximos parientes y en muchos guerreros, las aflicciones de su corazón. Desde entonces el rey Etzel careció de toda alegría.

Ella no había pensado en tan horrible carnicería: quería haber hecho de modo que en el combate pereciera solo Hagen y ninguno más. Pero el maldecido demonio extendió sobre todos la desgracia.

Hadía pasado el día y sentían pesar y angustia. Ellos pensaban que valía más morir de una vez, que no soportar lentamente tan atroces dolores. Deseaban ya hacer la paz con sus enemigos, aquellos esforzados guerreros.

Rogaron que viniera el rey á la sala. Los héroes empapados en sangre y deslumbrando con el brillo de sus armas, salieron del palacio con los tres reyes. No sabían á quien quejarse de sus terribles males.

Etzel y Crimilda avanzaron los dos: el país era suyo y tenían muchos señores. Él dijo á los extranjeros: « Decid, ¿qué queréis de mí? ¿Creéis obtener la paz? eso difícilmente puedo concederlo, después de los grandes males que me habéis ocasionado.

(CONTINUARÁ)





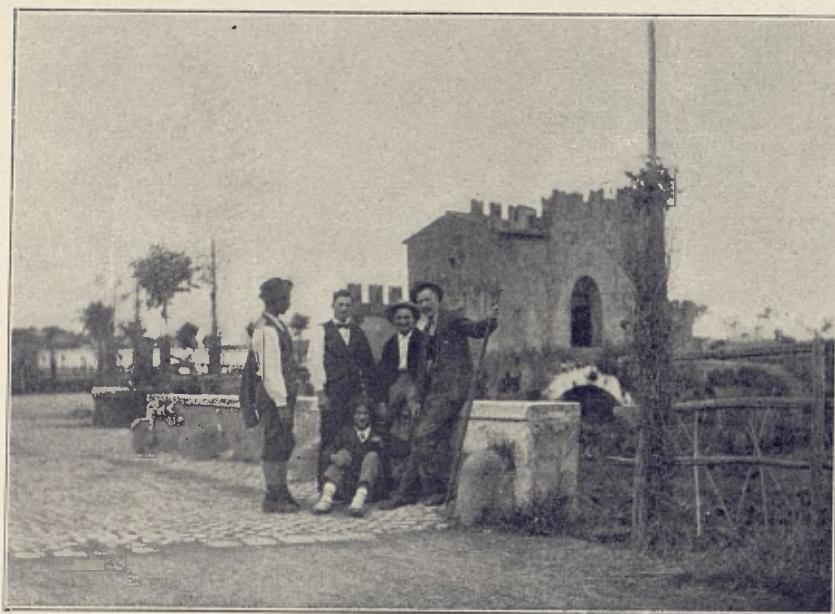
N. RAURICH

PAISAJE

POR ESOS TEATROS

Teatros abiertos: Novegades, Granvía y Eldorado.— «Las flores», comedia en tres actos de los hermanos Alvarez Quintero.— «Alma y vida», drama en cuatro actos de Pérez Galdós.

Tres son los teatros abiertos actualmente y en los tres actúan compañías madrileñas. La Pino en Novegades, la Cobeña en el Granvía, Thuiller en el Eldorado, nos sirven las obras de más diversa índole pertenecientes al teatro castellano antiguo y moderno, dramático y cómico.



PUENTE NOMENTANO.— ROMA

Remitida por D. Luis Roig de Lluis

«La moza de cántaro», de Lope de Vega, refundida por don Tomás Luceño, ha sido entre las obras clásicas la que se ha conquistado la predilección de las compañías, pues de las tres que tenemos hoy en Barcelona, dos—la de la Cobeña y la de Thuiller—la han representado durante varias noches.

Los demás teatros han permanecido cerrados, habiéndose despedido del público la compañía catalana que actuaba en el de Romea bajo la dirección de don Enrique Borrás, la de zarzuela grande y de ópera que tenía á su cargo el del Tívoli y la francesa de declamación que, dirigida por el primer actor Monsieur Vast, hizo durante unas tres semanas las delicias del público escaso pero escogido que acudía al Principal noche tras noche para saborear las bellezas de las obras modernas que nos representaban con singular discreción aquellos actores, ganosos de conquistarse con su arte las simpatías de Barcelona.

Desgraciadamente, como sucede siempre que nos visitan artistas europeos, nuestro público no ha sabido corresponder á los deseos de los que constituyan la

troupe Vast y se ha obstinado en no acudir al teatro. Por eso no se veía en él sino los inteligentes que buscan en los espectáculos algo más que la satisfacción que proporciona el poder exhibirse con lujosos atavíos. Media docena de intelectuales y otras tantas familias pertenecientes á la colonia francesa: he aquí los elementos que constituyan el público habitual del antiguo teatro de Santa Cruz durante la última temporada.

Ya lo dije en otra ocasión. A pesar de encontrarse el Principal situado en la parte baja de la urbe barcelonesa, á nuestro público se le hace cuesta arriba asistir á las representaciones que se dan en su escenario. Sobretodo si estas representaciones exigen de su parte algún esfuerzo, como lo representa el tener que fijar la atención en artistas que hablan una lengua extranjera ó que representan obras para cuya comprensión se requiere mayor cultura de la que posee el común de las gentes.

Decimos eso porque, apesar de cuanto se dice para probar que la asistencia al Principal constituye una molestia, á causa de haberse convertido en extremo el barrio en que se halla enclavado, hay hechos que desmienten tal afirmación. Recuérdense los llenos que tuvo hace unos dos años María Tubau, precisamente con una obra de tan poco valor literario como «María Tudó».

Pero, ¿qué le vamos á hacer? El público es así; caprichoso y voluble en todas sus cosas.

Las novedades de la quincena han sido bastante numerosas, siendo las más notables los estrenos, efectuados en Novegades y Eldorado respectivamente, de la comedia en tres actos «Las flores», original de los hermanos Alvarez Quintero y del drama en cuatro actos de Pérez Galdós «Alma y Vida».

Los autores de la primera de dichas producciones, con ser de los que más méritos poseen entre la turba multa de los que se dedican en Madrid á escribir obras para el teatro, no han demostrado en esta ocasión las cualidades de que han hecho gala otras veces. Lo cual no impide que «Las flores» sea un cuadro de costumbres lleno de luz y rebosando vida y perfume. Analizada severamente la comedia, casi puede afirmarse que está faltada de asunto, con la circunstancia de que esta falta es precisamente debida á ser muchos los que han intentado bosquejar los autores. La acción

no tiene unidad y se comprende que no la tenga, pues se reduce á la presentación de diversas historias amorosas que se desarrollan independientemente, sin otro lazo entre sí que el de desarrollarse en un mismo sitio. Por eso la comedia tiene el aspecto de varias comedias refundidas en una, lo cual no es obstáculo á que resulte interesante, á pesar de los escollos que han tenido que salvar los autores para salir en bien de su cometido, escollos que han conseguido sortear gracias en gran parte á la viveza del diálogo, el carácter de cada uno de los personajes, la maestría con que están retratadas en la obra las costumbres andaluzas y la espontaneidad y el buen gusto de los chistes y situaciones cómicas, que constituyen las principales cualidades de la obra, muy inferior á la que con el título de «Los Galeotes» dieron á la escena los mismos Alvarez Quintero, pero muy superior á la mayoría de las que suelen mandarnos los autores de allende el Ebro.

La interpretación que cupo á «Las flores», por parte de la compañía que actuó en Novedades fué en conjunto excelente, cumpliendo como buenos todos los actores y notándose un gran acierto en el reparto de papeles, pues cada uno de ellos fué encomendado al artista que mejores condiciones tenía para adaptárselo.

«Alma y Vida», de Pérez Galdós, no ha despertado en nuestro público el interés que despertara el año pasado «Electra» del mismo autor. Apesar de lo cual cabe afirmar que es muy superior á ella, tanto por los méritos literarios que atesora como por su tendencia sana.

Según manifestación del propio Galdós, estampada en el prólogo que acompaña la primera edición de la obra, su intento ha sido el de vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, un presentimiento más que una idea precisa: — la melancolía que opriñe el alma española—tomando como á signo capital para la expresión de este sentimiento los últimos vestigios de la España heráldica, al caer en el olvido su leyenda y al apagarse el histórico brillo de sus luces moribundas.

Como sucede en la mayoría de las obras simbolistas, á pesar de los esfuerzos del autor, ha habido quien se ha obstinado en no ver en «Alma y Vida» realizados semejantes propósitos, viendo en cambio en la obra lo que tal vez vale más: las cualidades de una producción dramática de primera fuerza.

Y es que, si bien la *visión* que se propuso presentar el autor no resulta ni con mucho suficientemente determinada, la intensidad de las situaciones dramáticas es en cambio avasalladora, produciendo en el espectador el efecto apetecido.

La acción está desarrollada por Pérez Galdós con

tanto conocimiento de los recursos escénicos, que, en ocasiones, el público se deja llevar fácilmente por ella y arrebatar por los toques dramáticos que contiene.

Sin embargo nótase en los cuatro actos de la obra cierto desequilibrio, siendo el último como una especie de epílogo del cual muy bien podría haberse prescindido por poco que el autor se hubiese esforzado en ello.

De todas maneras «Alma y Vida» es un drama verdaderamente interesante y digno del eminente autor de «Realidad» y «La loca de la casa».

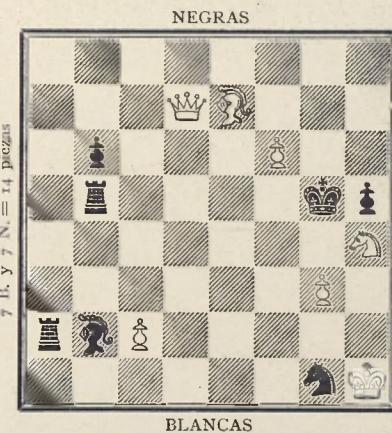
A pesar de lo cual la mayoría del público no salió del teatro convencido. Por eso, si bien la obra fué aplaudida, no lo fué con el entusiasmo que era necesario para que pudiese ser calificada de éxito la acogida que obtuvo.

La interpretación, sin llenar las exigencias de los refinados, fué bastante cuidada, distinguiéndose las señoras Moreno, Ríos y Terri y los señores Donato Giménez y Thuiller.

UN ESPECTADOR

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 49.— DR. A. W. GALITZKY



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 48, POR H. v. DÜBEN

Blancas

1. C 8 D
2. C 6 R
3. C 6 T mate

Negras

1. R toma P
2. Cualquiera

Variantes: Si... R toma A; 2. C 7 R jaque, etc.— Si... P 5 T; 2. C 7 A R jaque, etc.

